

der superior á toda la naturaleza, para marchar, á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, por los rectísimos senderos de la lei divina; y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un bien infinito capaz de llenar su inmensidad.

Contemplad pues, católicos, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistaréis con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza, y viéndolas consagradas por la Pasion de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abnegacion: "Léjos de mí el gloriarme en cosa alguna, que no sea la Cruz de "nuestro Señor Jesucristo." Estrecháos en espíritu con este signo sagrado; llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os atraiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas resgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de día ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está por esplendor augusto del Sér increado por los siglos de los siglos.

## SERMON

PARA EL

# DIA DE LA ASUNCION

SOBRE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

*Resperit humilitatem ancilla sue...  
ex hoc beatam me dicent omnes gene-  
rationes.*

Miró la baja de su esclava . . .  
desde ahora me dirán bienaventurada  
todas las generaciones.

S. Luc. cap. I v. 48.

A la vista de esa criatura escogida por el mismo Dios para Madre suya, que despues de haber llenado cumplidamente su augusta mision en la tierra, y pagado á la naturaleza el tributo de morir, es arrebatada por los ángeles y conducida en triunfo hasta los cielos para recibir de la Trinidad Santísima la corona de gloria que la estaba preparada, un sentimiento indefinible de admiracion y entusiasmo se apodera del alma, extasiada y como fuera de sí misma, incapaz de sostener el peso de tanta grandeza. Nada mas natural, hermanos míos: porque, si la historia de todos los personajes ilustres que han aparecido en el mundo fuera de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nada presenta, no diré igual, pero ni aun comparable con los timbres de María, no cabe tampoco en la gerarquía de los sentimientos uno semejante al que nuestras almas experimentan al meditar el glorioso acontecimiento que hoy celebra la Iglesia nuestra Madre con toda la pompa de su culto.

La mayor gloria de María consiste sin duda en haber estado siem-

pre asociada de tal suerte á la de su Hijo, que haya vivido constantemente de su espíritu, participado en grado sumo de su Pasion y recibido la recompensa de sus glorias. Si el Hijo de Dios resuscita por sí mismo despues de haber aparecido en el mundo como el deshecho de los hombres, atraviesa los espacios inmensos, penetra en el cielo y se sienta magestuosamente á la diestra de su Padre; justo era que María, con el título de Madre suya, y sobre todo de Madre digna por su incomparable santidad, obtuviera entre todos los mortales el privilegio de ser resuscitada por la virtud omnipotente, conducida en cuerpo y alma por los ángeles, recibida en triunfo por toda la corte celestial, coronada reina por el mismo Dios y colocada en fin á la diestra de su Santísimo Hijo.

¿Qué os diré pues con motivo de esta solemnidad que no esté repetido mil veces por los oradores mas eminentes del cristianismo? ¿Qué conceptos pudiera vertir y sentimientos inspirar, en los cuales no me hayan prevenido vuestro espíritu y vuestro corazon? ¡Ah! este dia es por excelencia el del triunfo y la gloria de la Madre de Dios, pues en él tocó al término de su feliz carrera, penetró en el empireo y recibió de las manos del mismo Dios el galardón infinito de todas sus virtudes. Este es el punto mas prominente que pudiera desear nuestro pensamiento para recorrer mayores distancias en los horizontes alumbrados por el esplendor de su gloria; esta es la festividad mas propia y adecuada para dilatar el pensamiento y el corazon contemplando las virtudes, las grandezas y la felicidad de María. En los momentos en que deja la tierra para subir al cielo, parece ostentarse á nuestra vista sin obstáculo ninguno á fin de que podamos, cuanto es dado á nuestra limitacion, contemplar íntegramente su grandeza. A este suceso se refieren sin duda todos los pasos de su preciosa vida: en él comienza la plenitud de su felicidad, y desde él corre por todos los siglos, atrayendo los tributos de las generaciones, toda su gloria.

Si la vida de los santos es una escuela de virtud y perfeccion, el Evangelio personificado en el hombre; la vida de María será por sí sola, mucho mas que la de todos, el espejo en que se reflejan las perfecciones de Dios, el resumen de sus designios acerca del hombre, la manifestacion mas espléndida de la magnificencia con que recompensa las mas grandes virtudes.

Estos grandes atributos de la Madre de Dios se recogen maravillosamente, como todas las luces en un foco, en esas palabras altamente significativas que pronunció en la casa de Isabel con motivo de su salutacion. Vivamente conmovida con el sentimiento de los altos misterios que en ella se obraban, rompe el silencio abriendo sus la-

bios, deja salir de su corazon un tributo de reconocimiento y alabanza, y elige de intento, para significar su grandeza y su ventura, las expresiones correspondientes al carácter de la mas perfecta virtud. Siéntese llena de todas las gracias, adornada con todos los dones, enriquecida cuanto una pura criatura podia serlo por la magnificencia infinita de su Criador; todo lo explica diciendo que el Señor ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava; y no necesita de otra cosa para profetizar infaliblemente su gloria en la carrera de los siglos y la voz de las generaciones: *Respexit humilitatem ancilla sua: ecce enim ex hoc Beatam me dicent omnes generationes.*

¿Qué significa, decidme, esa mirada tierna y solícita del Señor á María, sino la dispensacion de una gracia, la mayor con que han sido favorecidos los mortales? ¿Qué significa esta humildad de esclava con que se designa María, sino la recapitulacion magnífica de todas las virtudes en tal perfeccion y grado como no las habia tenido ni las tendrá jamas una pura criatura? ¿Qué significan estas aclamaciones de felicidad que pone María en la boca de las generaciones todas, sino el reflejo inmenso de gloria que ella misma despide, llenando con su esplendor los entónces pasados y futuros tiempos? ¿Qué significa todo el conjunto representado en sus palabras proféticas, sino la gloria mayor que ha disfrutado y disfrutar puede una pura criatura? ¡Y qué mas necesitaré yo, para decir las alabanzas de tan gran Reina, que pedir á las Sagradas Letras y á la historia de la Iglesia las pruebas magníficas del aserto de María?

Hoi pues, católicos, que reunidos todos en este templo, rodeamos el Trono en que la Iglesia coloca la sagrada Imágen de la Madre de Dios en el paso de su Asuncion gloriosa para tributarle sus cultos, repasemos, para el desahogo piadoso de nuestro amor á esta Virgen predilecta, la magnífica historia de su predestinacion y de su carrera; recorramos los augustos títulos de la gerarquía que ocupa en el reino de los cielos; y para guiar nuestro pensamiento y nuestro discurso, tomemos por punto de partida las palabras que me han servido de texto. Ellas concuerdan de tal suerte con las que le dirigió Gabriel á tiempo de anunciarle su divina maternidad, que sin salir de unas y otras, podrémos, no diré hacer, pero sí meditar el mas digno elogio de tan gran Reina. Apellidada llena de gracia por el Mensajero celestial, como ella se reconoce objeto de las miradas del Altísimo, aparece á los ojos de nuestra fe con una primacia de gracia sobre todas las puras criaturas. Presentada en una sociedad tan íntima con Dios, como lo indican estas palabras: "El Señor es contigo," aparece investida del poder mayor que se conoce en la tierra, el poder supremo de la virtud: poder que deriva de la Omnipoten-

cia, por lo cual esta misma Virgen nos enseña que hizo en ella grandes cosas el que es Omnipotente. He aquí una primacía suprema en el rango de la virtud, la mayor despues de Dios y de Jesucristo Dios y Hombre, que ha existido en los cielos y en la tierra. Aclamada por el Arcángel Gabriel "Bendita entre todas las mugeres," como ella se anuncia saludada por todas las generaciones, aparece con una primacía de gloria tan suprema y tan inmensa como su gracia y su virtud.

He aquí, católicos, la triple aureola con que nuestra Madre la Santa Iglesia ve ceñidas las sienes de esa privilegiada criatura, el fundamento solidísimo con que la saluda Madre de la gracia divina, Reina de todas las virtudes, pues lo es de todos los santos, y poseedora de todas las glorias.

Voi pues á manifestaros aquí que las grandezas de María se fundan: primero, en una primacía de gracia con que Dios la favorece para que sea digna Madre de su Hijo Unigénito; segundo, en una primacía de virtud, con que corresponde á esta gracia suprema; y por último, en una primacía de gloria sobre todas las puras criaturas, con que Dios recompensa sus incomparables virtudes.

¡Oh María, objeto querido de las complacencias eternas, templo magnífico y suntuoso de santidad, que habitó en persona el Santo de los santos, Reina de los santos, Reina de los ángeles y de los hombres, perdurablemente alumbrada por los esplendores eternos de la gloria! dignaos dispensarnos á todos los que venimos aquí á celebrar vuestras grandezas con motivo de vuestra Asuncion gloriosa, gracias abundantísimas para conocer, admirar y aprovechar las vuestras, y á la palabra evangélica la unción eficazísima que la hace fructificar en el corazon, para celebrar con la Iglesia vuestra gloria en desahogo de nuestra piadosa admiracion y para nuestro bien y felicidad. Os lo pedimos ardientemente, gran Reina, saludándoos con Gabriel llena de gracia. *Ave María.*

## PRIMERA PARTE.

La gracia, católicos, instrumento poderoso de que se ha servido en todos tiempos en su bondad y misericordia el Señor para favorecer al hombre; la gracia, que figura en primer término en la historia de todos los beneficios que ha recibido la humanidad; la gracia, que sirve de carácter y nombre al estado dichoso de la naturaleza primitiva; la gracia, que despues del pecado apareció con el anuncio de un Redentor, para que no muriese la esperanza; la gracia, que por los méritos de Jesucristo Señor nuestro nos ha rehabilitado, nos ha hecho renacer para la vida del espíritu, nos ha restablecido en el carácter de hijos de Dios y en los derechos consiguientes á esta filiacion divina; la gracia, primera é indispensable condicion de todo bien moral, pues nada podemos sin ella en el sentido de la satisfaccion y el merecimiento, al paso que con ella lo podemos todo; la gracia, que genera todas las virtudes, borra todos los pecados, produce la santidad y previene la bienaventuranza; léjos de ser una cosa singular, pertenece al órden comun que Dios ha establecido en la tierra, invita con sus beneficios á todos los hombres, se fecunda en todas las almas que debidamente le corresponden, y á ella reconocen como á su causa todos los triunfos de la virtud, todas las glorias de la santidad. Mas no por esto imaginéis que la que decora el sér augusto y santo de María, se encuentre colocada en este órden comun y se distinga solo por haberla recibido en grado mayor. Esto seria bastante para establecer la incontestable superioridad de esta criatura sobre todas las demas; pero no es lo único que caracteriza la gracia singular que el Señor le hubo dispensado. María tiene sin duda la gracia que á todos fué concedida, y la tiene mayor que ninguno; pero además de esto posee gracias que nadie ha tenido, que nadie tendrá. María es por excelencia la realizacion magnífica de la imágen perfecta de la gracia, tal como Dios la concibe desde su eternidad en toda la expansion de su amor: María, por el carácter de gracia que recibe, aparece como una singularidad única en la historia del género humano: María, por el modo con que en ella reside la gracia, es la única entre todas las criaturas que la posee de esta manera. María, finalmente, por la manifestacion que se le ha hecho de la gracia que posee, no tiene cosa que le sea comparable siquiera en la hermosa galería de los escogidos. Predestinacion eterna de María para Madre de Dios; Concepcion inma-

culada de María para que ministrase al Verbo una sangre purísima con que revestirse de la humanidad; garantía concedida por Dios á María contra todo linaje de pecado; declaración hecha por Gabriel á María de la gracia que le había dispensado el Altísimo; hé aquí, católicos, los caracteres singulares y únicos que manifiestan la primacía de gracia otorgada por Dios á la Virgen Madre.

Cuando la Sabiduría eterna, predica de sí misma, como leemos en el Libro de los Proverbios, que ha sido escogida y consagrada desde toda la eternidad ántes que hubiese sido hecha la tierra; cuando se muestra presente al Criador en los momentos mismos en que disponia los cielos, asociada con él en la grande obra, y regocijándose jugando en todo el orbe de la tierra; <sup>1</sup> cuando dice que salió de la misma boca del Altísimo y es primogénita ántes con mucho que todas las criaturas, <sup>2</sup> pinta rasgo por rasgo, digámoslo así, á esta Virgen del misterio, que venida en el tiempo al mundo, preexistia singularmente ya en el pensamiento, en el designio, en el plan eterno de reconciliación concebido por Dios mismo para salvar á todos los hombres. Asociada esta criatura en el pensamiento del Padre á los designios de su Verbo, tuvo, por explicarme de esta suerte, un lugar anticipado en las existencias eternas ántes con mucho de venir á la vida. María fué concebida, y desde entónces comenzó su existencia real; mas la existencia de su destino, de su vocación, de la gracia que la previene, del pensamiento que la concibe, de la santidad que la consagra, del honor que la dignifica, del amor que la llena de felicidad, no comenzó jamas, hermanos míos: todo esto es eterno como Dios. Hé aquí por qué la Iglesia católica no ha vacilado nunca en aplicar á la Virgen Madre los atributos de la sabiduría; hé aquí por qué todos esos rasgos magníficos con que este divino atributo se ostenta en los Sagrados Libros, han inspirado la elocuencia de los santos Padres cada vez que han dicho las alabanzas de María.

Yo bien sé que todas las existencias criadas tienen una residencia eterna en las regiones infinitas de la posibilidad; yo bien sé que ninguno de los ángeles ni de los hombres, ninguno de los objetos muchos que el Universo abraza, dejó nunca de estar presente al que todo lo ve desde su eternidad; pero sé también que no puede ni debe confundirse nada de esto con la preexistencia de María en la mente de Dios. Ella reside allí, no como uno de tantos seres posibles pendientes de un *fiat* en el turno de las existencias, sino como un objeto predilecto, como un objeto asociado en sus designios á la gran

1 Prov. cap. VII, vv. 23, 27, 13.— 2 Ecli. cap. XXIV, v. 5.

mision que su Verbo Eterno encarnado había de cumplir en la tierra, para reparar las ruinas del Paraíso con la reforma y redención de la humanidad. ¿Quién confundiría nunca con la posibilidad de un sér cualquiera el hecho de la Encarnación del Verbo en el pensamiento de Dios? Nadie. Luego si esta Encarnación exigía en el orden del tiempo la preexistencia de una sangre purísima donde verificarse, clarísimo es que María estuvo asociada siempre en el pensamiento de Dios á su Divino Hijo como Redentor del género humano; que su elección para existir tuvo motivos y objeto muy diversos de todos los seres; que se halló presente al Señor del cielo y de la tierra desde la eternidad, y que puede sin violencia ninguna decir ella lo mismo que la Sabiduría relativamente á su misión y destino: "Yo he sido criada desde el principio, mucho ántes que la tierra existiese: he salido de la boca del Altísimo primogénita ántes de todas las criaturas."

¡Qué rango tan supremo, católicos! ¡una elección y predestinación eterna para ofrecer al Padre, como precio de la delincuente humanidad, al mismo Jesucristo, siendo por esto la primera que ejerció un ministerio sacerdotal en la tierra! ¿ser escogida por el mismo Dios con predilección especialísima, para que fuese un modelo de la mas alta perfección y acrisolada santidad! ¿ser destinada para formar el ejército ilustre de todos los defensores de la fe, de todos los propagadores de la palabra, de todos los custodios de la virtud, de todas las legiones santas que son el baluarte y ornato de la Iglesia católica! ¿entrar por la virtud infinita de tal elección en la dinastía eterna de la Trinidad Augusta con el triple título de Hija, Madre y Esposa! ¿aparecer en la tierra como el iris bellissimo, precursor de Aquel por quien suspiraban los patriarcas y los profetas! ¿presentarse con el dulce y amable título de medianera entre Dios y la humanidad, destinada como estaba para dar á luz al Redentor del mundo; medianera delante del Padre con la oblación de su mismo Hijo, medianera delante del Hijo con el título de Madre...! ¡Ah católicos! ¡Qué rango! ¡qué origen! ¡qué títulos! ¡qué ascendencia! ¡qué vocación! ¡qué objeto! ¡qué gracia sobre todo!

Pero sigamos la carrera de esta privilegiada criatura; demos el paso de la eternidad al tiempo, acerquémonos al instante precioso en que pasa de la posibilidad al sér. La hora de su concepción ha sonado ya. ¿Cómo será concebida? Ella es hija de Adán y de Adán pecador; sale del comun tronco de toda la humanidad. Si ha de venir al mundo conforme al irrevocable decreto á que quedaron sujetos los hombres todos en consecuencia de la primera culpa; si en la sangre de sus venas ha de correr áquel contagio que trasmitió el

primer hombre á todos sus descendientes, María no podrá ministrar al Eterno la sangre purísima que requiere su Verbo para revestirse de nuestra humanidad, no iniciará dignamente la victoria completa sobre el dragon, porque algun tiempo le habrá estado sometida; su sér habrá vogado, á lo ménos por algun tiempo, en el inundo y fangoso piélagó de la culpa; la grande obra de restauracion para la naturaleza corrompida no será parte con su esplendente luz á borrar las primeras manchas de su origen; y esta criatura, que ocupaba desde la eternidad el pensamiento de Dios, como la materia prima de la Encarnacion, digámoslo así, al ser ejecutada se resentirá de una imperfeccion de todo punto inevitable, si el mismo Dios no suspende para ella en todas sus partes los efectos de aquella justísima sentencia que pronunció contra Adan y toda su inmensa posteridad.

Y bien, católicos: ¿qué sucederá, vuelvo á preguntaros, con la concepcion de María? ¿Arribará como nosotros á la vida con la inmensa contaminacion de la primera culpa? ¿traerá en su sangre, destinada para la humanidad de Dios, el gérmen corrompido? ¿aparecerá, en los momentos de nacer, encorbada ya bajo el pesado yugo que humilla la cerviz de todos los hombres? ¿correrán sus lágrimas para llorar su esclavitud, aunque sea por algunos momentos, en las cadenas del demonio? ¿habrá menester de purificarse con el remedio comun aplicado por Dios á la estirpe delincuente? No, no, mil veces no. María, en los momentos de ser concebida, encuentra ya para sola ella una excepcion sublime de la lei á que está sujeta la humanidad entera: magnífica realizacion de la figura presentada por la Esposa de Asuero, será la Esther de todo el Universo: agraciada por el que reina en los cielos con la solemne declaracion de no estar comprendida en el castigo que provocó Adan contra todo el género humano, vendrá á la vida sin sujecion al pecado; vendrá mas pura que el soplo del céfiro, mas hermosa que la alba en los momentos de rasgar el velo que cubre el Universo, mas ricamente ataviada que esos espacios donde brillan á porfia todos los astros como puntos imperceptibles de luz arrojados en ellos por la mano del Eterno; vendrá tan limpia y pura como el aliento que se desprende de la boca de Dios para animar el cuerpo de barro con que sus manos hubieron preparado al primer hombre: será concebida sin la culpa original.

Ved aquí, hermanos míos, lo que hai de mas preciado sin duda en las gracias dispensadas por el Señor á María: ved aquí un privilegio que hasta lo infinito la encumbra sobre toda la humanidad: ved aquí un título con que habrá de presentarse á la faz de los hom-

bres, ostentando toda la grandeza y ejerciendo un poder incomparable: ved aquí lo que propiamente hablando nos hace reconocer á esta criatura como la obra maestra del Artífice Supremo, como un objeto que abrazaban implícitamente los patriarcas en sus veheméntísimos deseos, los profetas en sus predicciones sublimes, el pueblo de Israel en sus grandes instituciones, como una obra, digo, que parece reconcentrar en sí misma toda la sabiduría, toda la bondad y todo el poder del Altísimo.

Prevenida la santa Virgen en su advenimiento al sér con este privilegio, único en la historia de la generacion humana, reside nueve meses en el vientre escogido para portarla, en el vientre de la esposa de Joaquin, de Anna, que la concibe cuando ya casi toca en su ocaso el sol de su existencia, sin duda alguna para que esta nueva maravilla contribuya tambien á su turno á señalar un acontecimiento que tenia suspensa la esperanza de cuarenta siglos. Llega empero el instante feliz; suena la hora en que este astro, mui mas esplendente que el sol, se levanta sobre su horizonte y despidе sus primeros rayos hácia la tierra. ¿Veis aparecer á esta niña tierna en los brazos de su anciana madre? Inclínáos respetuosos, y extasiados al mismo tiempo de regocijo, en su presencia: es la arca misteriosa que porta dentro de sí las esperanzas de toda la humanidad: es la aurora del bello dia esperado por todas las generaciones que preceden, saludado por todas las generaciones que siguen: es la precursora ilustre del gran Libertador de los mortales, del Fuerte, del Admirable, del Príncipe de la paz. No dará muchos pasos en su naciente carrera sin brindar en sus brazos á todo el género humano con el Deseado de las naciones. Al contemplar, católicos, la mision augusta y el gran destino de esta niña que acaba de nacer, me parece que invisiblemente bajan para rodear su cuna las potestades angélicas, y expresan su admiracion con estas dulces palabras que regalan el oído y embelesan el alma en el Sagrado Libro de los Cantares: "¿Quién es ésta que se adelanta como la naciente aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?"<sup>1</sup> ¿Quién no exclama en presencia de esta criatura bendita, en los momentos en que acaba de nacer, como el ángel delante de los pastores con motivo del nacimiento del Salvador: "Os anuncio un acontecimiento glorioso, que llenará de júbilo á todo el pueblo?"<sup>2</sup> ¿Ah! se halla tan identificada la Madre con el Hijo en el pensamiento de Dios, que todo puede aplicársela sin violencia. "Al crearla Dios, pensaba en Jesucristo, y no trabajaba sino por él,"<sup>3</sup> se-

1 Cant. cap. VI, v. 9.—2 Luc. cap. II, v. 10.—3 Tert. de Res. carn. n. 2.

gun el sentir de Tertuliano. "No debe sorprenderos, dice Bossuet, ni que Dios la haya formado con tanto esmero, ni que la haya hecho nacer con tantas gracias: porque no la hubo formado sino en vista del Salvador; y para hacerla digna de su Hijo, la saca sobre el modelo de su Hijo mismo. Debiendo ella darnos mui pronto á su Verbo encarnado, nos presenta en la Natividad de María un Jesucristo en bosquejo, si así puedo decirlo, un Jesucristo comenzado, por una expresion viva y natural de sus perfecciones infinitas."<sup>1</sup>

¿Y qué os diré, católicos, del nombre que esta criatura recibe, del nombre que lleva, con que la prenunciaban ya los siglos precedentes y la saluda toda la Iglesia? Este nombre recapitula en cierto modo las gracias todas: su significado encierra títulos augustos, atributos admirables. A considerar solo su valor literal, este nombre quiere decir Señora: "significa luz, estrella de los mares," observa San Isidoro:<sup>2</sup> porque ciertamente, si el mundo es un tenebroso piélago en que voga la humanidad entera, y Jesucristo, como de sí mismo lo predicaba, es la Luz del mundo, luz verdadera que derrama su esplendor á la vista de todos los que á él vienen, segun la expresion del Evangelista, María, de cuyo vientre nace humanado el Verbo Eterno, lleva en su mismo nombre su augusto destino, y debe ser vista como la luz y la estrella de la mar. Su nombre, representado proféticamente, ya en las predicciones, ya en las personalidades mas ilustres del pueblo escogido, nos da por sí la idea de toda la magnificencia. "Invocándoos, decia Tobías, invocarán un grande nombre."<sup>3</sup> Judith, reconocida por la Iglesia como una figura de María, es advertida por Ozías, Príncipe del pueblo de Israel, de que su nombre será grande en toda la tierra: "Tu nombre, le decia, ha sido engrandecido de tal suerte por el Señor, que nunca desaparecerán tus alabanzas de la boca de los hombres."<sup>4</sup> Por esto el Crisólogo miraba este nombre como toda una profecía, siendo así que él significa salud para los que renacen á la gracia, gloria de la virtud, honra de la pureza, seña de la castidad, sacrificio de un Dios, virtud hospitalaria, conjunto magnífico de la santidad.<sup>5</sup>

¿Será extraño, católicos, decidme, que en vista de tan privilegiada criatura muchos de sus esclarecidos y santos admiradores hayan sostenido, como un hecho de consecuencia en su eterna predileccion para ser Madre del Verbo, en su Concepcion immaculada para que no trajese al sér ni la mas mínima contaminación, en la prodigalidad estu-  
penda con que derrama sobre ella el Altísimo todo el tesoro de sus

<sup>1</sup> Serm. I de Nat.—2 Etyrn. L. VII. c. X.—3 Tob. XIII, 15.—4 Jud. XIII, 25.  
<sup>5</sup> Serm. CXLVI.

gracias para sostener su dignidad en el curso de su carrera, que ella recibió, á la par con tan magnificas gracias, la extraordinaria y única de ser moralmente impecable? ¿No veis que, colocada sobre todos los ángeles y todos los hombres con el título y los derechos de Reina suya, debia sin duda excederles á todos en cuanto produce y representa la mayor santidad? ¿No veis que, formada con solícito esmero por la mano del mismo Dios para tan alto destino, debia ser la copia que se le pareciese mas en la tierra? Nada sin-duda puede darnos una idea tan misteriosa y elevada del concierto que reina en los divinos atributos, como ese lazo que asocia y liga en Dios eternamente una libertad infinita con una impecabilidad esencial. Nada pues nos podria dar una idea mas aproximada sobre la santidad de María, en sus relaciones con la gracia, que ver en ella una participacion, criada por la liberalidad del Señor, de aquellos atributos, ver asociadas en su alma la libertad mas perfecta que en la criatura cabe, y la garantía mas eficaz de cuantas Dios ha otorgado á los nacidos del varon y la mujer contra todo linaje de pecado.

Si consideráis, hermanos míos, atentamente los hechos, sorprenderéis en ellos mismos, como un principio generador, tan importante verdad. Seguid la carrera de la hija de Joaquín, desde que viene á figurar en el catálogo de los séres hasta el momento en que los ángeles la sacan del sepulcro para conducirla al cielo, y quedaréis admirados á la vista de una pureza, de una virtud y una santidad que no tuvo nunca ni la mas leve mancha. El Señor, en las efusiones de su ternura, no consintió que los sentidos, la carne, el demonio, el mundo, ni ninguno de los adversarios que persiguen acá intrépidos y osados á los peregrinos de la tierra, se atreviesen jamas á perturbar el tranquilo curso de la Virgen Madre. Siempre atento al augusto destino de esta criatura, la tuvo constantemente lejos de las ocasiones del pecado, dominada de los mas santos pensamientos, de las inspiraciones mas excelsas que puede producir el amor divino. Sus sentidos no podian caer sobre el cuadro inmenso de la naturaleza sin recibir, con las sensaciones diversas que ellas producen, los concertados ecos de alabanza de las criaturas al Criador: sus relaciones, reducidas al círculo santo de su familia, de sus ancianos padres, eran ciertamente un punto de contemplacion que la tenia siempre arrobada, lo mismo que á ellos, en el Padre celestial: su inteligencia, inundada en un oceano de esplendor, era un reflejo de la gloria de los cielos: su voluntad, embriagada en las delicias del amor divino, jamas tuvo aspiracion ó deseo que á la mayor gloria de Dios no fuese encaminado.

La existencia de esta Virgen importaba para el Autor de la san-

tividad un designio misterioso: ella se presentaria en la tierra con el doble carácter de Madre de Dios y Madre de los hombres. El primero de estos títulos exigía de ella una tan constante virtud, una limpieza tan inalterable, una dignidad tan permanente, que durante su carrera mortal no pudiera desprenderse de ésta ni un momento imperceptible donde apareciese con ménos virtud, ménos limpieza, ménos dignidad; y por lo mismo fué tanto el celo del Señor para cuidarla y precaverla, que por eso el Arcángel afirma sin vacilar que está siempre con ella. ¿Qué importaría, os pregunto, esta enfática manifestacion de Gabriel, si una asistencia tan continua del Señor no representara su vigilancia especial contra el pecado? ¡Ah hermanos míos! el idioma divino que sirvió de intérprete á este príncipe cerca de María, encierra un sentido tan profundo, que no bastarian á sondearle jamas todas las inteligencias criadas. "El Señor es contigo:" ved aquí tres palabras, tres palabras limitadas en su valor simplemente humano; pero tres palabras de insondable sentido en los momentos en que fueron dichas á María. Esta asistencia continua del Señor importa, no lo dudéis, una proteccion incesante suya contra todo linaje de contaminacion, una gracia incomparable y sin tipo para revestir aquella naturaleza de un poder incontrastable contra todo pecado, una soberanía siempre sostenida para mantener muy lejos de aquel trono al poder de las tinieblas. Y á esta permanencia de Dios en María correspondió siempre una permanencia constante, nunca interrumpida de María en su Dios: permanencia tan fiel, rendida y amorosa, que nada puede presentar comparable con ella la historia de todos los escogidos. Y si muchos de éstos cautivan la admiracion y extasían el alma con sus virtudes excelentes, su vigilancia heroica, sus maravillosos triunfos, ¿qué nos resta, católicos, que encontrar y suponer en María, para proclamar su excelencia sobre todos los santos, sino su impecabilidad moral, su virtualidad contra el pecado, hasta el extremo de no cometer nunca ni la falta mas imperceptible? No se necesita pues de otra cosa para comprender que esta prerogativa debia venir en consecuencia de tal vocacion, tal destino y tanta gracia, como se representan en la predestinacion eterna de María para ser Madre de Dios, del privilegio único de su Concepcion inmaculada, de la incesante asistencia del Señor á ella para preservarla, y de su incomparable cooperacion con la gracia divina que la sostiene; y que tal privilegio era en alto grado conveniente para dar toda la plenitud á sus títulos de abogada, mediadora y aun coredentora del género humano. ¿Qué prerogativa! ¿qué gracia tan admirable! ¿qué don tan precioso!

Pero acerquémonos, católicos, al momento feliz en que el Enviado de Dios hace á María de parte suya una declaracion solemnísimamente de la incomparable gracia que habia recibido. ¿Quién de todos los justos de la lei antigua, quién de todos los santos de la lei nueva recibió nunca una honra tan señalada, una gracia tan excelsa? No era esta la primera vez que un ángel bajaba del cielo á desempeñar una mision en la tierra; pero nunca se habia visto ni se verá tampoco una escena semejante á la que presentaban en aquel momento el Enviado celestial y la Virgen de Nazareth. Un ángel detuvo el brazo de Abraham para que no sacrificase á Isaac; un ángel sacó á Loth y sus hijas de la ciudad anatematizada para que no fuesen presa de las llamas que iban á consumirla; un ángel apareció á Daniel para instruirle acerca de la venida del Mesías; un ángel visitó á Tobías y su hijo para llenarlos de beneficios, curando al uno, libertando al otro, y haciendo salir de la esposa de éste al demonio que la poseía. Pero en todos estos casos la humanidad, aterrorizada en presencia de tales mensajeros, caía siempre á sus piés; y el ángel, cuando no tenia que ocultarse para evitar el terror, hablaba y obraba como príncipe del cielo con súbditos de la tierra. Mas tratándose de María, todo cambia, todo toma un carácter superior. Aquel modesto retiro en que la Virgen robaba su presencia á las miradas del mundo, para estar absorta en la contemplacion de su Dios, aparece á la vista de Gabriel como un palacio magnífico en que reside la Reina del cielo y de la tierra. Penetra en él; pero se detiene un instante para contemplar la grandeza de aquella incomparable criatura: mira en ella una princesa de la familia real de los cielos; mira en ella nada ménos que á la Hija del Rei eterno, nada ménos que á la Madre próxima del Verbo increado, nada ménos que á la Esposa del Paráclito, á la realidad magnífica de aquella que él mismo nos retrata con el pincel del Sabio en el misterioso Libro de los Cantares. Abre sus labios para saludarla respetuosamente con estas palabras muy significativas: "Dios te salve." Nada teme por ella; pero esto no impide que arda en su corazon el deseo de que siempre viva y se conserve ileso aquel prodigio de virtud y santidad. Entónces, ya que hubo desahogado este primer sentimiento, le anuncia su rango en la excelsa gerarquía de los privilegiados de Dios, apellidándola "llena de gracia:" no calla en su presencia la esmerada solicitud con que la atiende como á su Hija querida el Padre celestial; por lo mismo declara con estas palabras que siempre se halla en la íntima compañía y bajo la proteccion de su Dios: "El Señor es contigo:" y un momento despues, repasando la galería de las mujeres fuertes, que con sus dotes y virtudes ilustran

la historia del pueblo escogido y las que vendrian despues de ella para enriquecer las páginas de la Iglesia católica, y no encontrando cosa que le sea siquiera comparable, muestra la inmensa superioridad de María y su primacia en todos géneros, apellidándola: "bendita entre todas las mujeres."

Ved pues aquí, católicos, una salutación que, dirigida ex-profeso de parte del Señor por el ángel á María, le da una ratificación solemnísima de que posee todo su amor, toda su ternura, y está reservada para mostrar á los hombres, en el fruto de su vientre y en su carrera de virtudes, todo el brillo y esplendor de su gloria: ved aquí de qué manera se reconcentran en la Virgen Madre, con la predilección del Altísimo, todos los tesoros de su gracia: ved aquí cómo esa gracia comun, que corre por todo el mundo moral como un torrente purísimo para extirpar los vicios y formar las virtudes, está en María en supremo grado, y cómo sobre esta excelencia, que basta para darle una primacia entre todos los favorecidos de Dios, resaltan como ornatos única y exclusivamente suyos la predilección eterna que de ella hizo el Padre para que en su vientre encarnara su Unigénito Hijo; la excepción que solo para ella decretó de la lei comun de la humanidad delincuente, á fin de que fuese concebida sin la menor mancha de origen, sin sombra de pecado; la fuerza con que la sostuvo contra todos los enemigos del espíritu, para que no cometiese ni la mas ligera falta, ni un imperceptible punto de tinieblas cayera sobre el esplendor purísimo de su virtud; y cómo finalmente, no satisfecho con haberle otorgado tantas gracias, quiso añadir á todas la de una declaración expresa de parte suya sobre tan altos privilegios. Pues bien, católicos: habéis visto hasta aquí la obra de la gracia; es necesario que admiréis al mismo tiempo la cooperación de la naturaleza en las virtudes incomparables de María: porque, si ella disfrutó siempre una primacia de gracia; Dios recibió de ella como tributo de su reconocimiento, mediante la cooperación de tan privilegiada naturaleza, una primacia de virtudes, un conjunto de merecimientos superiores con mucho á cuanto presenta la historia de los ángeles y de los hombres.

## SEGUNDA PARTE.

Hablar, católicos, de las virtudes excelsas de María; penetrar con la consideración mas atenta en aquel espíritu donde resplandecen á porfía todos los atributos de la santidad en el grado mas eminente que cabe despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre; recorrer esas páginas del eterno Libro donde están escritos los merecimientos incomparables de esta criatura; es acometer una empresa superior con mucho al poder del pensamiento y la palabra, tocar un asunto de aquellos que abruma la inteligencia y rinden los esfuerzos del genio. ¿Quién es capaz, decidme, de ponderar debidamente los preciosos frutos de un árbol, digámoslo así, plantado en una tierra bendita por las manos del mismo Dios, cultivado con la quinta esencia de su gracia, esmeradamente asistido de él momento por momento, preparado desde la eternidad con el fin de salvar al mundo, regenerar al hombre, desterrar los vicios y establecer en la tierra un reino de santidad y de gloria? Cuando se trata de fomentar la piedad cristiana con la alabanza de los justos, el alma se apodera sin esfuerzo de las vidas mas fecundas, la elocuencia las encarece con ventajas muy positivas para la virtud, y no pocas veces, para ostentar el heroísmo de la santidad con toda su magnificencia, es necesario reunir todos sus rasgos en una relación animada, para que el conjunto produzca un efecto moral que no se obtendría con manifestar aisladamente una sola de sus partes. Mas cuando se habla de la Virgen María, cuando se contempla su carácter moral, cada virtud, cada hecho basta por sí solo para producir todo el arrobamiento de la admiración; cada pasaje de tan fecunda vida tiene la virtualidad suficiente para multiplicar el número de los justos. ¿Cómo pues abrazar el inmenso conjunto de tal carácter sin perderse con el pensamiento, sin sentirse abandonado de la palabra, sin sucumbir desfallecido bajo el peso de la mayor grandeza? Cuando el arte, católicos, conducido por las luces de la ciencia mas bien que inspirado por los sentimientos de la religión, ha lamentado la falta de un pánegírico tan comprensivo que abraza toda la carrera de María, y aun ha encontrado cierta especie de obstáculo para la empresa de un elogio en la reserva sublime de los primeros cronistas del cristianismo, tal vez no ha comprendido que la dificultad emana, ménos